

Desencanto

Furioso Juan con esa salida insultante, dió dos pasos tras del barón, pero en seguida se encogió de hombros y volvió al lado del mariscal.

— ¿Y recibís en vuestra casa á semejantes alhajas? dijo.

— Al contrario, lo que hago es alejarlas.

— ¿Conocéis á ese pelele?

— ¡Demasiado lo conozco!

— Pero ¿sabéis quién es?

— Un Taverney.

— Un hombre que quiere colocar á su hija en el lecho del rey.

— ¡Quia!.....

— Un hombre que quiere suplantarnos y que emplea todos los medios para lograrlo... Pero está aquí Juan, y Juan no se duerme.

— ¿Conque creéis que quiere.....

— Os lo afirmo, aunque os parezca difícil. Es el partido del Delfín, querido amigo... y tiene su pequeño matón.....

— ¡Bah!

— Un joven muy dispuesto á romperse la crisma con el más pintado, un espadachín que sabe dar sus estocadas en el brazo de Juan,... de este pobre Juan.

— ¿De vos? ¿Conque es un enemigo personal

vuestro, querido conde? dijo Richelieu con aparente sorpresa.

— Sí, fué mi adversario en la camorra que sabéis... con motivo de los caballos de relevo.....

— ¡Qué milagrosos efectos produce la simpatía!... Yo ignoraba todo eso, y sin embargo lo he despedido con gaitas destempladas; verdad es que si lo hubiera sabido, lo habría pasado mucho peor... Perdad cuidado, conde, ahora tengo á ese camorrista bajo mi férula, y os aseguro que ha de sentir el aguijón.

— Sí, me alegraré que le quitéis la afición á las camorras en los caminos reales... Porque en fin... Pero, ¡con mil diablos! aun no os he dado la enhorabuena.

— Conque, conde, ¿parece que ya es negocio concluido?

— ¡Oh! completamente concluido... ¿Queréis que os dé un abrazo?

— Con mucho gusto.

— Trabajo ha costado, pero al cabo hemos salido con la nuestra. Supongo que estáis contento, ¿eh?

— Si he de hablaros con franqueza, os diré que lo estoy, porque creo que podré ser útil.

— No lo dudéis; pero el golpe es contundente, y no dejará de levantar roncha á muchos.

— ¡Pues qué! ¿acaso no soy amado del público?

— ¿Vos? ni sois amado ni aborrecido; el que es execrado es él.

— ¡Él! repitió Richelieu sorprendido. ¿Quién es él?

— Sí, él, repuso Juan. Los parlamentos se van á rebelar, porque han llevado una zurra como en tiempo de Luis XIV; ¡han recibido un buen vapuleo, duque!

— Explicadme eso.

— Esto se explica por sí mismo; los parlamentos aborrecen al autor de sus persecuciones.

— ¡ Ah ! creéis que.....

— Estoy segurísimo, como lo esta toda la Francia. Pero no importa, duque, lo cierto es que habéis obrado con suma destreza haciéndolo venir tan oportunamente.

— ¿ A quién ? Decídmelo á quién, conde, porque estoy sobre brasas, y no comprendo una palabra de cuanto me decís.

— Os hablo del señor de Aiguillón, vuestro sobrino.

— ¿ Y qué ?

— Os repito que habéis hecho bien en hacerlo venir á tiempo.

— ¡ Ya, ya caigo ! Queréis decir que me ayudará mucho.

— Nos ayudará á todos... Sabed que está muy en grande con Juanita.

— ¿ De veras ?

— Lo que os digo. Se han hablado ya, y se entienden á las mil maravillas.

— ¿ Y sabéis eso ?

— ¿ Pues no lo he de saber ? La cosa no es difícil : Juana es la más perezosa y dormilona de las mujeres, y no se levanta hasta las nueve, las diez y aun las once.

— ¿ Y eso qué tiene que ver .

— Tiene que ver que esta mañana, en Luciennes, no eran apenas las seis, cuando he visto salir la silla de posta de Aiguillón.

— ¡ Á las seis ! exclamó Richelieu sonriendo.

— Sí, á las seis.

— ¿ Esta mañana ?

— Esta misma mañana. Y ya conocéis que para haber madrugado tanto, y dar audiencia tan temprano, preciso es que Juana esté loca por vuestro sobrino.

— Sí, sí, dijo Richelieu frotándose las manos. ¡ A las seis ! ¡ Bravo, de Aiguillón !

— Ya veis que ha debido principiar la audiencia á las cinco... ¡ Antes de amanecer !... ¡ Es milagro !

— ¡ Es milagro ! repitió el mariscal. ¡ En efecto, es milagro, querido Juan.

— De modo que estáis los tres como Orestes y Píldes, y otro Píldes.

En aquel momento, y cuando el mariscal de Richelieu se frotaba las manos con indecible gozo, entró en la estancia el señor de Aiguillón.

El sobrino saludó á su tío con cierto aire de pesar que bastó á Richelieu, si no para comprender toda la verdad, á lo menos para adivinar la mayor parte.

Se puso pálido como si hubiese recibido una herida mortal ; pero al fin se acordó de que en la corte no hay amigos ni parientes, y de que cada cual anda á su negocio.

— He sido un necio superlativo, murmuró. ¿ Y qué hay, Aiguillón ? añadió en voz alta arrojando un suspiro.

— ¿ Qué hay, señor mariscal ?

— Un golpe mortal para los parlamentos, dijo Richelieu recordando las palabras de Juan.

Aiguillón se puso como la grana.

— ¡ Hola ! repuso. ¿ Ya lo sabéis ?

— El conde me ha enterado de todo, hasta de vuestra visita á Luciennes esta mañana ; vuestro nombramiento es un triunfo para mi familia.

— Podéis creer, señor mariscal, que lo siento mucho.

— ¡ Qué diablos está diciendo ? observó Juan cruzándose de brazos.

— Nosotros nos entendemos, interrumpió Richelieu.

— Eso es otra cosa; pero lo que es yo maldito si os entiendo... ¡Conque lo siente!... ¡Ah! ya sé por qué... Porque no va á ser ministro al momento; sí, sí, eso es.

— En ese caso habrá uno interino, dijo el mariscal, sintiendo que en su corazón penetraba la esperanza, la cual nunca abandona á los hombres ambiciosos ó enamorados.

— Efectivamente, señor mariscal, habrá uno interino.

— Sí, pero entretanto, exclamó Juan, no sale mal pagado, pues le dan el mejor mando de Versalles.

— ¡Ah! dijo Richelieu, sintiendo una nueva herida. ¡Conque le dan un mando?

— El conde Dubarry exagera las cosas, repuso el duque de Aiguillón.

— Pero al fin, ¿qué mando es ese?

— El de la caballería ligera del rey.

Las arrugadas mejillas de Richelieu cubriéronse más y más de una extraordinaria palidez, y con una sonrisa, cuya expresión no sería posible describir, dijo:

— Sí, es muy poca cosa para un hombre como él, pero ¿qué queréis, duque? Por muy bella que sea una joven, y aun cuando fuese la querida del rey, no podría dar sino aquello de que puede disponer.

Al oír esto Aiguillón se puso pálido á su vez, mientras Juan se entretenía en mirar los hermosos cuadros de Murillo, que poseía el mariscal.

Richelieu tocó en el codo á su sobrino, diciéndole:

— Afortunadamente os han prometido que ascenderéis pronto, y yo os felicito por ello con toda sinceridad, duque. Vuestra astucia y la habilidad que habéis desplegado en las negociaciones corren parejas con vuestra dicha... Adiós; tengo que hacer; no olvidéis,

mi querido ministro, que también necesito yo vuestros favores.

Lo único que Aiguillón contestó á esto, fué:

— Vos sois lo mismo que yo, señor mariscal, y yo lo mismo que vos.

Y haciendo un saludo á su tío salió del aposento, conservando la dignidad natural en él y librándose de una de las posiciones más dificultosas en que se había encontrado durante su vida, sembrada de tantos obstáculos y escollos.

Así que Richelieu le vió salir, dijo á Juan que no comprendía una palabra entre tío y sobrino:

— Lo bueno que hay es que Aiguillón es el hombre más sencillo del mundo. Dotado de talento, y cándido al mismo tiempo que conoce la corte, es tan honrado como la doncella más pura.

— Y además os quiere bien, contestó Juan.

— Ya se ve que sí.

— Como que más me parece hijo vuestro que el señor de Fronsac.

— Á fe mía que tenéis razón, conde.

Y al mismo tiempo que Richelieu decía todo esto se paseaba agitado en derredor de su asiento buscando una cosa que no encontraba.

— ¡Ah, condesa! murmuraba. ¡Ya me las pagarás!

— Mariscal, dijo Juan con malicia, los cuatro vamos á formar el famoso haz de la antigüedad que nadie podía romper.

— ¿Y quiénes son los cuatro, querido amigo?

— Mi hermana formará el poder, Aiguillón la autoridad, vos el consejo, y yo la vigilancia.

— ¡Muy bien, muy bien!

— Y de este modo ya pueden venir á oponer rivales á mi hermana. Desafío á cualquiera á que lo intente.

— ¡ Voto á bríos ! exclamó Richelieu, cuya cabeza estaba hecha un volcán.

— Que vengan, que vengan rivales, gritó Juan, ebrio de gozo con sus planes y sus ideas de triunfo.

— ¡ Oh ! dijo el mariscal dándose una palmada en la frente.

— ¿ Qué es eso, señor duque ? ¿ qué os ocurre ?

— Nada ; vuestra idea de formar una liga entre los cuatro me parece admirable

— ¿ De veras ?

— Tan de veras, que partreipo en un todo de vuestra opinión.

— ¡ Bravo !

— Decídme, ¿ Taverney no vive en Trianón con su hija ?

— No, reside en París.

— Esa joven es muy bonita, querido conde.

— Aunque lo fuese tanto como Cleopatra, ó como... mi hermana, no la temo, si es que formamos la liga propuesta.

— Decís que Taverney reside en París. ¿ Es acaso en la calle de San Honorato ?

— No, en la de Coq-Herón. ¿ Se os ha ocurrido quizá algún medio para castigar á Taverney ?

— Creo que sí, conde ; creo que he concebido cierta idea....

— Sois un hombre incomparable. Os dejo porque quiero saber lo que por ahí se dice.

— Adiós, pues, conde... mas, á propósito, no me habéis dicho quiénes son los nuevos ministros.

— ¡ Oh ! puede asegurarse que son aves de paso. Terray, Bertín y no sé que otros, pues lo que es Aiguillon se ha aplazado el tiempo en que debe ser ministro.

— Y quizá para siempre, pensó el mariscal saludando á Juan con una graciosa sonrisa.

Así que éste salió, entró Rafté, quien todo lo había oído y sabía á qué atenerse, habiéndose realizado todas sus sospechas ; pero nada dijo á su amo porque le conocía bien.

Ni siquiera llamó á un ayuda de cámara, sino que él mismo le desnudó y condujo al lecho, en el cual se hundió el mariscal tiritando como si tuviese tercianas, después de tomar una píldora que le dió su secretario.

Entonces corrió éste las cortinas y se dirigió á la antecámara, la cual estaba ya llena de criados que habían acudido presurosos y se hallaban á la escucha. Rafté cogió por el brazo al primero, y le dijo :

— Cuida bien al señor mariscal, pues está malo ; según parece, esta mañana ha tenido un disgusto : sin duda ha debido desobedecer al rey....

— ¡ Desobedecer al rey ! exclamó asustado el ayuda de cámara.

— Sí : S. M. ha enviado una cartera á monseñor ; pero así que supo éste que esto lo hacía por mediación de la Dubarry no quiso admitirla. ¡ Oh ! es cosa soberbia, y los habitantes de París deberían levantarle un arco triunfal, pero como el choque que ha tenido que sostener era demasiado violento, se ha puesto malo y es preciso cuidarle bien.

Después que Rafté dijo estas palabras, conociendo de antemano que no tardarian en circular, se dirigió á su habitación, y al cabo de un cuarto de hora todo Versalles estaba enterado de la noble conducta y generoso patriotismo del mariscal, quien dormía á pierna suelta sin soñar siquiera con la popularidad que acababa de granjearse, gracias á su secretario.

XVI

La comida del Delfín

En la tarde de aquel mismo día, la señorita de Taverney salió á las tres de su aposento para pasar al de la Delfina que tenía la costumbre de que le leyesen antes de comer.

El abate que era el primer lector de S. A. R., no desempeñaba ya esas funciones, pues se había consagrado á la alta política desde ciertas intrigas diplomáticas, en que había desplegado bastante talento de hombre de negocios.

La señorita de Taverney salió bastante adornada para ir á desempeñar su obligación; pero sufría, como todos los que moraban en Trianón, las dificultades inherentes á una instalación precipitada; no había organizado aun su servicio, ni arreglado su pequeño ajuar, y había sido vestida provisionalmente por una de las doncellas de madama de Noailles, dama de honor intratable á quien la Delfina llamaba madama Etiqueta.

Andrea llevaba un vestido de seda azul de talle largo y acicalado como la cintura de una avispa. Este vestido se abría por delante y dejaba ver una falda de muselina con tres guarniciones bordadas, y unas mangas cortas, bordadas también de muselina y ahuecadas desde el hombro, formaban armonía con una pañoleta bordada á la aldeana, que ocultaba púdicamente la

garganta de la joven. La señorita Andrea llevaba sujetos sus hermosos cabellos con una cinta del color del vestido, y esos cabellos cayendo en los largos y espesos bucles sobre las mejillas y el cuello, daban al rostro orgulloso y modesto de aquella joven de color mate y puro mucho más realce que las plumas, las piochas y los encajes.

Andrea se puso por el camino sus mitones de seda blanca, ocultando en ellos los dedos más afilados y redondos que podían darse, mientras iba imprimiendo en la arena del jardín la punta del talón de sus chapines de raso azul celeste.

Al llegar al pabellón de Trianón supo que había ido á dar un paseo la señora Delfina con su arquitecto y su jardinero mayor; pero en el piso superior se oía el ruido de la rueda del torno en que el Delfín se ocupaba en hacer una cerradura para un cofre que le gustaba mucho.

Á fin de reunirse con la Delfina atravesó Andrea un cuadro del jardín en que había algunas flores que, á pesar de lo adelantada que estaba la estación, alzaban su pálida cabeza para aspirar los fugitivos rayos de un sol más pálido aun que ellos; y como ya se iba acercando la noche, pues en esa estación anochece á las seis, unos aprendices de jardinero se ocupaban en tapar las plantas más delicadas con campanas de vidrio.

En el recodo que formaba una calle de verdes árboles que, enlazados en figura de seto y rodeados de rosales de Bengala, iban á parar á un bonito trozo de terreno cubierto de césped, Andrea vió de pronto á uno de los jardineros, que así que la divisó soltó la azada y la saludó con una política algo más inteligente que la que usan los hombres del pueblo.

Miróle con atención y conoció á Gilberto, cuyas

manos estaban bastante blancas, á pesar del trabajo, para desesperar á Taverney.

Andrea se ruborizó sin querer, pareciéndole que el hallarse Gilberto en aquel sitio se debía á una condescendencia muy singular de la suerte.

Gilberto repitió su saludo, y Andrea le contestó con otro sin dejar de andar.

Pero era una criatura demasiado leal y animosa para que fuese á resistir á un impulso del alma y no contestar á lo que le preguntaba su imaginación.

Volvió, pues, atrás, y Gilberto, que ya había perdido el color y la miraba con ojos de mal agüero, se animó de pronto y dió un brinco para acercarse á ella.

— ¿ Vos aquí, señor Gilberto? dijo Andrea con frialdad.

— Ya lo veis, señorita.

— ¿ Y á qué casualidad se debe?

— Señorita, la vida es necesaria, pero lo es más vivir honradamente.

— ¿ Pero sabéis que tenéis fortuna?

— ¡ Oh! mucha, señorita, dijo Gilberto.

— ¿ Queréis decirme por qué?

— Os repito, señorita, que mi fortuna no puede ser mayor.

— ¿ Por quién habéis entrado aquí?

— Por el señor de Jussieu, que es mi protector.

— ¡ Ah! dijo Andrea sorprendida, ¿ conque conocéis al señor de Jussieu?

— Era amigo de mi primer protector, esto es, de mi amo el señor de Rousseau.

— Ea, pues, ¡ valor, señor Gilberto! dijo Andrea disponiéndose á seguir su camino.

— ¿ Y estáis mejor, señorita? dijo Gilberto con una voz tan temblona, que se adivinaba hartó bien lo agi-

tado que estaba su corazón, cuyas vibraciones representaba.

— ¿ Cómo mejor? dijo Andrea con frialdad.

— Pues... ¿ y la desgracia?

— ¡ Ah! sí... gracias, señor Gilberto, estoy mejor, no fué nada.

— ¡ Oh! estuvisteis á punto de perecer, dijo Gilberto en el colmo de la emoción; el peligro era terrible.

Andrea pensó que ya era tiempo de abreviar aquella conversación con un trabajador en medio del jardín, y dijo:

— Buenas tardes, señor Gilberto.

— ¿ No queréis aceptar una rosa, señorita? preguntó Gilberto estremeciéndose y cubierto de sudor.

— No sé, contestó Andrea, si podéis ofrecer una cosa que no os pertenece.

Sorprendido Gilberto, aterrado, nada contestó: lo que hizo fué bajar la cabeza, y viendo que Andrea le miraba con cierta alegría por haber manifestado su superioridad, se levantó, arrancó una rama cubierta de flores del rosal más bonito, y se puso á deshojar las rosas con una sangre fría, con una nobleza que llamaron la atención á la joven.

Y como era demasiado justa y bondadosa para no conocer que acababa de ofender gratuitamente á un joven cogido *in flagranti delicto* de urbanidad, estuvo para disculparse ó reparar su ofensa; pero prosiguió su camino sin añadir una palabra, cualidad natural en las personas orgullas que se sienten culpables.

Tampoco Gilberto añadió una palabra más; tiró la rama del rosal y volvió á coger la azada; pero como era al mismo tiempo que arrogante astuto, se bajó para trabajar sin duda, más también para ver alejarse á

Andrea, quien al volver de la calle no pudo menos de mirarle : ¿ qué mucho si al fin era mujer ?

Gilberto se contentó con aquella debilidad para decirse á sí mismo, que lo que es en aquella lucha había conseguido la victoria.

— No es tan fuerte como yo, dijo, y al fin la dominaré : á pesar de lo orgullosa que está con su hermosura, su nombre y su fortuna que cada día va en aumento ; á pesar de la insolencia con que trata mi amor, que adivina quizá, la desea más y más el pobre trabajador que tiembla con sólo mirarla. ¡ Oh ! ese temblor, ese estremecimiento es digno de un hombre ; pero ya me pagará algún día las bajezas que me obliga á cometer... Por hoy, añadió, basta de tarea : ya he vencido á mi enemigo ; sí, cuando debí haber sido el más débil de los dos, puesto que la amo, me he mostrado diez veces más fuerte que ella.....

Repitió estas palabras con bárbara alegría, llevándose una mano convulsiva á su frente dotada de inteligencia, de la cual separó sus hermosos cabellos negros ; clavó con vigor su azada en el acirate, arrojóse como un ciervo por entre la calle de cipreses y tejos, atravesó ligero como el viento un bosquecillo de plantas cubiertas con campanas, sin ajar una siquiera á pesar de la furia con que corría, y fué á apostarse al otro extremo de la diagonal que acababa de describir para tomar la vuelta del camino que seguía Andrea y que formaba un círculo.

Allí efectivamente la vió adelantarse pensativa y casi humillada, inclinados sus hermosos ojos y moviendo suavemente su blanca mano sobre su traje que erujía con el roce ; oculto detrás de un vallado de carpinos la oyó suspirar dos veces, como si hablase consigo misma, y por último la vió pasar tan cerca de los árboles, que con sólo alargar los brazos hubiera podido

Gilberto tocar el de Andrea, como se lo aconsejaba un impulso insensato y febril.

Pero frunció las cejas con un movimiento de voluntad parecido al odio, y llevando al corazón una mano crispada, dijo :

— ¡ Todavía soy cobarde !... ¡ pero es tan bella

Quizás hubiera permanecido Gilberto largo tiempo en su contemplación, porque la calle de árboles era larga y el paso de Andrea muy lento y compasado, pero en aquella calle desembocaban otras de donde podía llegar algún importuno, y la casualidad favoreció tan poco á Gilberto, que efectivamente desembocó uno por la primera calle lateral de la izquierda, es decir, casi enfrente del grupo de árboles en donde estaba oculto Gilberto.

Dicho importuno caminaba con paso metódico y compasado, la cabeza erguida, y el sombrero bajo el brazo derecho y la mano izquierda en el puño de la espada. Llevaba una casaca de terciopelo bajo un ropón forrado de marta cebellina, y al andar tendía la pierna, que era hermosa, y el empeine del pie que era alto como el de un noble de raza.

Aquel señor, al proseguir su camino, percibió á Andrea, y sin duda le agradó el aire de la joven, porque redobló el paso, cortando oblicuamente el camino á fin de hallarse en la misma línea que seguía Andrea y cruzarla cuanto antes.

Al percibir Gilberto á aquel personaje, lanzó involuntariamente un grito no muy fuerte, y escapó de allí como un mirlo espantado bajo los zumaques.

La maniobra del importuno le salió bien, y sin duda estaba acostumbrado á ellas, pues antes de tres minutos iba delante de Andrea, á quien tres minutos antes seguía á bastante distancia.

Cuando Andrea oyó pasos cerca de sí se hizo á un

lado para dejar pasar al que aun no había visto ; y así que pasó miró hacia aquella parte.

El señor miraba también con ansiedad ; hasta se paró para ver mejor, y volviéndose en seguida, dijo con voz muy amable :

— ¡A dónde vais que así corréis, señorita ?

Al oír aquella voz, Andrea levantó la cabeza, y vió á treinta pasos detrás de ella dos oficiales de guardias que andaban lentamente ; vió también bajo el ropón de piel de marta del que le dirigía la palabra el cordón azul, y sumamente pálida, asustada con aquel encuentro inesperado y una interrupción tan graciosa, dijo en voz baja inclinándose :

— ¡El rey !

— Señorita, replicó Luis XV acercándose, perdonadme si os digo tengo tan mala vista que me veo obligado á preguntaros cómo os llamáis.

— Andrea de Taverney, murmuró la joven, tan confusa y tímida que apenas se oyó su voz.

— ¡ Ah ! es verdad, ¿ y á qué feliz casualidad se debe, señorita, el que así viajéis por Trianón ?

— Iba en busca de S. A. R. la señora Delfina, que me está esperando, respondió Andrea cuya timidez iba en aumento.

— En ese caso os acompañaré, señorita, prosiguió Luis XV, pues voy á hacer una visita á mi hija como se estila en el campo entre vecinos ; tened la bondad de aceptar mi brazo, puesto que llevamos el mismo camino.

Andrea sintió que le pasaba por la vista una especie de nube, y que bajaba entre hirvientes olas con toda su sangre hasta el corazón. Efectivamente, semejante honra dispensada á una pobre joven, darle el rey el brazo, tratarla con tanta amabilidad el soberano señor de todos, una gloria tan inesperada como increíble, un

favor en fin que hubiese envidiado toda una corte, le parecía así como un sueño.

Hizo pues una reverencia tan profunda y tímida, que el rey se creyó obligado á saludarla otra vez ; bien es verdad que cuando Luis XV se acordaba de Luis XIV era siempre en cuestiones de ceremonial y política, aunque aquellas tradiciones de urbanidad tenían un origen más lejano, pues provenían de Enrique IV.

Ofreció pues su mano á Andrea, ésta colocó la punta de sus dedos sobre el guante del rey, y ambos siguieron caminando hacia el pabellón en que habían dicho al rey hallaría á la Delfina con su arquitecto y su jardinero mayor.

Podemos asegurar que aunque á Luis XV no le gustaba mucho andar, tomó el camino más largo para conducir á Andrea al pequeño Trianón. El hecho es que los dos oficiales que iban detrás conocieron el error de S. M. y se quejaron, porque iban vestidos á la ligera y el tiempo había enfriado.

Tarde llegaron, pues no hallaron á la Delfina en el punto donde creían se hallaba ; María Antonieta acababa de marcharse por no hacer esperar al Delfín, á quien gustaba comer entre seis y siete.

S. A. R. llegó pues á la hora precisa, y como el Delfín era muy puntual, se mantenía ya en el umbral del salón para estar más cerca del comedor cuando apareciese el mayordomo mayor ; de suerte que la Delfina dió el manto que llevaba puesto á una camarista, se cogió alegremente del brazo del Delfín y lo condujo al comedor.

La mesa estaba dispuesta para los dos ilustres anfitriones.

Uno y otro ocupaban el medio de la mesa, dejando libre la parte alta, la cual nunca se ocupaba aun

cuando fuesen muchos los convidados, desde ciertas sorpresas del rey.

Colocado el cubierto del rey con su candado, ocupaba un espacio considerable: pero como el mayordomo mayor no contaba con aquel huésped, servía desde aquel sitio.

Detrás de la silla de la Delfina, en que había el espacio necesario para que los criados circularan, se mantenía la señora de Noailles muy tiesa, pero con la amabilidad en el rostro que se debe tener en una comida.

Cerca de la señora de Noailles se hallaban las otras damas que tenían derecho, por la posición que ocupaban en la corte, para asistir á la comida de SS. AA. RR. y aquellas á quienes se concedía este favor.

La señora de Noailles comía tres veces á la semana en la misma mesa que el Delfín y la Delfina, pero los días en que no le tocaba se hubiera guardado muy bien de no asistir á la comida; entre otras cosas porque aquel era un medio de protestar contra la exclusión de aquellos cuatro días de siete que tiene la semana.

Frente á la duquesa de Noailles, á quien como ya hemos dicho llamaba la Delfina madama Etiqueta, se mantenía en una grada casi igual el duque de Richelieu, estricto observador también de las ceremonias palaciegas; pero su etiqueta era invisible para todos, porque sabía ocultarla con una elegancia exquisita y algunas veces con un tono de broma finísimo.

De esta antítesis entre el primer gentilhomme de cámara y la camarera mayor de S. A. R. la Delfina, resultaba que á cada momento abandonaba la conversación la duquesa de Noailles y la proseguía el duque de Richelieu.

El mariscal había viajado por todas las cortes de

Europa, tomando en cada una de ellas el tono de elegancia más apropiado á su índole; de suerte que como tenía un tacto admirable y una gran dosis de urbanidad, sabía, al mismo tiempo que las anécdotas que podían contarse en la mesa de los dos tiernos infantes, las que no había dificultad en referir en la mesa de la Dubarry.

Aquella noche advirtió que la Delfina comía con apetito y que el Delfín devoraba; y suponiendo que no le ayudarían á mantener viva la conversación, vió que sólo se trataba de hacer pasar á la señora de Noailles una hora de purgatorio anticipado.

Se puso, pues, á hablar de filosofía y literatura dramática, doble objeto de conversación tan antipático el uno como el otro para la venerable duquesa.

Lo primero que contó fué el motivo que el filósofo de Ferney, como entonces se llamaba al autor de la *Enriada*, tuvo para uno de sus arranques filantrópicos; y cuando vió que la duquesa rabiaba, mudó de texto, refiriendo minuciosamente todas las barahundas en que había andado como gentilhomme de cámara para hacer que las actrices del rey representasen bien ó mal.

La Delfina era aficionada á las artes, y sobre todo al teatro (como que había enviado un traje completo de Clitemnestra á la Raucourt), y así escuchó á Richelieu no sólo con indulgencia sino con gusto.

Entonces la pobre camarera mayor, faltando á la etiqueta, se agitó en su grada, se sonó recio y movió su venerable cabeza, sin pensar que con sus movimientos cubría su frente de una nube de polvos, cual á una ráfaga de viento cubre una nube de nieve la cima del Monte Blanco.

Pero como no todo estaba reducido á divertir á la Delfina, sino que también era preciso divertir al Del-

fin, Richelieu abandonó la cuestión teatral, á que el heredero de la corona de Francia nunca había tenido gran simpatía, y se puso á hablar de filosofía humanitaria, empleando, á propósito de los ingleses, todo el calor que Rousseau arroja como un fluido vivificador sobre el personaje de Eduardo Bomston.

La señora de Noailles aborrecía á los ingleses tanto como á los filósofos, y como una idea nueva era para ella una fatiga, y una fatiga turbaba toda su economía animal, conociendo que había nacido para conservar y nada más, ladraba á las nuevas ideas como los perros á las máscaras.

Richelieu se llevaba un doble objeto con semejante manejo, pues atormentaba á madama Etiqueta, lo cual agradaba en gran manera á la Delfina, y encontraba aquí y allí algunos apotegmas virtuosos ó algunos axiomas de matemáticas que el Delfin, amante de las cosas exactas, recogía alegremente.

Hacia, pues, la corte á las mil maravillas buscando con la vista á alguien que esperaba ver allí y no encontraba, cuando subió á la sonora bóveda un grito dado al pie de la escalera, que repitió una voz colocada en el primer descanso, y en seguida otra en el remate de la misma escalera :

— ¡ S. M. el rey !

Al oír esta palabra mágica la señora de Noailles se levantó como si la hubiera hecho saltar sobre su grada un resorte de acero; Richelieu se incorporó lentamente como hombre acostumbrado á tales sorpresas, y el Delfin se limpió precipitadamente la boca con la servilleta, manteniéndose en pie delante de su sitio con el rostro vuelto hacia la puerta.

En cuanto á la Delfina, se dirigió hacia la escalera para encontrarse con el rey más pronto y recibirle dignamente.

XVII

El pelo de la reina

Cuando el rey llegó á la meseta de la escalera, aun daba el brazo á la señorita de Taverney ; pero allí la soltó y la saludó con tanta cortesía y tan detenidamente, que Richelieu pudo ver aquella salutación, admirar su gracia, y preguntarse á sí mismo cuál sería la feliz mortal á quien se dirigía.

Pero su ignorancia no duró mucho tiempo, porque cogiendo Luis XV el brazo de la Delfina que lo había visto todo y reconocido perfectamente á Andrea, le dijo :

— Hija mía, vengo sin ceremonia á pedirte de comer; he atravesado el parque, y habiendo encontrado á la señorita de Taverney, la supliqué que me acompañase.

— ¡ La señorita de Taverney ! murmuró Richelieu casi aturdido con aquel golpe imprevisto... ¡ Á fe mía que tengo demasiada suerte !

— De modo que no solamente no regañaré á esta señorita por haberse retardado, respondió la Delfina, sino que le daré gracias por habernos traído á V. M.

Andrea, tan encarnada como una de las cerezas que guarnecían el sortío en medio de las flores, se inclinó sin responder.

— ¡ Cáspita si es hermosa ! dijo para sí Richelieu. El tunante de Taverney no ha andado exagerado en los